

NINGÚN SITIO QUE SEA MÍO

MARCO ANTONIO CAMPOS

Selección: Stefaan van den Bremt

a Hélène y André Doms

Oh senza sosta io vissi
ed esule dovunque
Vincenzo Cardarelli, "Viaje"

DECLARACIÓN DE INICIO

Cada uno de mis poemas pretendió
ser un instrumento útil de trabajo.
Pablo Neruda (Estocolmo, 1971)

Las páginas no sirven.
La poesía no cambia
sino la forma de una página, la emoción,
una meditación ya tan gastada.
Pero, en concreto, señores, nada cambia.
En concreto, cristianos,
no cambia una cruz a nuevos montes,
no arranca, alemanes,
la vergüenza de un tiempo y de su crisis,
no le quita, marxistas,
el pan de la boca al millonario.
La poesía no hace nada.
Y yo escribo estas páginas sabiéndolo.

CREACIÓN DEL POETA O
MALINTERPRETACIÓN DE BLAKE

a José Emilio Pacheco

Para transmigrar
hurtó infiernos a la imaginación
vedados a los otros.
Angustiado cuadrúpedo
se arrastraba en las rutas
con el lomo descarnado
por el látigo del suicidio.
Soportó risas de imbéciles.
Loros de la alabanza.
Exégetas contumaces.
Agarró su pesadilla
en la punta de la palabra,
y escupió:
el charco se hizo en la tierra,
y en el fondo, parálítico,
se delineó aquel demonio.

LOS POETAS MODERNOS

¿Y qué quedó de las experimentaciones,
del “gran estreno de la modernidad”,
del “enfrentamiento con la página en blanco”,
de la rítmica pirueta y
del contrángulo de la palabra,
de ultraístas y pájaros concretos,
de surrealizantes con sueños de
náufrago en vez de tierra firme,
cuántos versos te revelaron un mundo,
cuántos versos quedaron en tu corazón,
dime, cuántos versos quedaron en tu corazón?

ÁLBUM INFANTIL

En fotografías de los años cincuenta,
a Carlos puede vérselo con cara
de angustiado o de tristemente escéptico,
que luego borraría del todo.

Ricardo tiene ojos de tigre listo
para lanzarse a través de la selva
o a la calle o adonde fuese.

Gabriela disfraza de gorrión en fresno
porque las hojas son ala natural.

Él mira en el álbum el niño que fue:
el niño gesticula, grita, golpea, hace
ademanes, anhela ser visto, siempre
y nada más y siempre, el gran payaso.
Vé lo mal que vestían, si vestir es eso,
y si ropa ésa. Ve la casa agriétandose,
ve la cara y la casa.

Andando el tiempo ha andado por el mundo.
No cambió, o mínimamente, de cara,
de máscaras o de hábitos. Sólo una leve
tristeza, sólo un leve dolor que le ha minado,
que le ha sangrado el cuerpo, el corazón, el alma,
como si hubiese enfrentado parsimoniosas fieras,
como si hubiese cabalgado ferozmente solo
entre las patas de los caballos.

LOS PADRES

a Hilda y Gonzalo Rojas

Los padres partieron. Tomaron las maletas
y sonriendo dijeron en voz alta: Adiós.
Cerraron la puerta. Todavía en la calle
alzaron la mano despidiéndose.
Volverían en caso de que los necesitáramos;
sería cuestión de acordar la fecha y hora.
Pero seamos ciertos sin catástrofe
ni menos piedra enfática: nunca pudimos
dialogar con ellos, aunque tal vez
no había mucho que decirse, y esto,
en verdad, acaeció hace muchos años.
Eso digo si fue. Por eso no vale la pena
llevar ala ni cántico, por eso la luz
de pronto nos detiene, trístidos, sin fuego,
por eso el mundo en su esencia
es injusto, inestable, cruel,
aunque luchemos porque no lo sea,
aunque sepamos de antemano y siempre y de nuevo
que golpes ni puntapiés ni gritos
te sirven para nada, que la sangre
de la herida quedó por todas partes.

Pero los padres no volvieron. Qué vana historia,
ay, qué vana fue la busca. Tal vez murieron
en la ruta, en reyerta común o en casa cómoda.
Tal vez aún regresen. Tal vez, si hay dichosos,
los sigan esperando.

MI CASA HACIA 1960

En el angosto jardín de mi casa
los alcatraces abrían de pronto
como campanas con badajo en luz
y la enredadera trepaba el muro
para caer a la casa contigua.
Menos el olor de hierbas y flores
que los gases y humos de las fábricas
respiraba mi sagrada familia.
Rompían en el jardín, desde las casas
de junto, el roto cacareo del gallo,
el voraz aleteo de la gallina
contra la alambrada, el grito agudo
de la maestra, mínima tal duende,
en pleito con la madre, las órdenes
furiosas del furioso obrero
a miembros de su furiosa familia,
las risas de las niñas como plata,
el trazo de la luna en verde mayo.
Alacranes merodeaban la casa.
Mi honrada y pobre casa que lucía
alba en la avenida de los Pinos,
donde el niño jugaba imaginando
que el hogar era calle más libre
y horizonte. Mi honrada y pobre casa,
donde mi padre era abstracción o sombra
y los hermanos bebíamos de noche
la sangre ácida que esos alacranes

bebían de nuestro cuerpo a buena hora.
Desde su habitación, enferma, madre
ordenaba familias y finanzas,
e insegura y poderosa, entre gritos
y golpes, pedía a los hijos duros
las cuatro virtudes cardinales,
buen colegio y promesa de ser ricos.
Dios amenazaba en llamas por boca
de mi madre; “Confiésense”, decía,
“Están llenos de pecados y sombras”,
y las llamas caían por la escalera.
En otro piso Epifania creaba
otra casa, seguía con malicia
nuestros pasos, servía, y al hacerlo
relataba fantásticas historias
como de Perrault, de Grimm o Caballero.
Amigos y visitas hacían casa
en mi casa. Eran felices. Sonreían.
Y justo, al instante de irse, en sigilo,
los alacranes salían desde lo oscuro.

ADIÓS A LA INFANCIA

Se llamaba Graciela y era en el colegio el patio abierto y la mañana azul. Era su cuerpo un durazno en sazón y en las noches una rama de estrellas. Yo tenía doce años, Graciela tal vez también. Volaban los pájaros desde el sur para visitarla en el patio del colegio y sobrevolaban luego los parques y jardines de Tizapán y San Ángel para acompañarla a la hora de la salida. Bajaba del eucalipto oloroso una racha de pájaros. Graciela, doce años, rama de estrellas, durazno en sazón, racha de pájaros en su levísima falda.

MI CASA QUEMADA

Yo tenía una casa. Yo tuve una casa en Pinos 8.
Era una casa de portón y muros altos, una casa
donde la gruesa Epifania nos servía algo para
simular que se tiene algo en el estómago, donde
guardaba entre páginas de libros el viaje golondrino
para esperar el viaje, donde
en los estantes del librero mal mirábamos
la Enciclopedia Barsa y el azul del *Tesoro*, donde
a fines de los cincuenta se reunía ávida
la familia de tarde a las cinco en el comedor
para reconocerse en la vida y las historias
en blanco y negro de melodramas que veía
en una rústica televisión de bulbos, donde
madre nos hablaba de la ciudad del centro en que moró
como de un lugar donde las víboras alargan
el cuello en comedores y salas, prestas a perforar,
con afilados dientes, alma, corazón y cuerpo
de amigos y enemigos no menos emponzoñados,
ah esa casa, en alboroto continuo por escaramuzas y pleitos
que armábamos de nada los hermanos, donde
solidario conmigo mismo solía jugar solitario
con dados y barajas, o leer historietas
de vidas ejemplares o heroicas o amores juveniles, o
vislumbraba en la adolescencia como nube y nube,
imágenes y metáforas y símiles
de poemas de Lorca y de Neruda, o el saludo y
la sonrisa y el perfecto nueve de Beatrice di Folco Portinari, o

las caminatas impetuosas de Rimbaud por el África terrible, o
escenas, en grabados de Doré, del Antiguo y
el Nuevo Testamento, o navegaba en la nave de Odiseo
creyendo posponer en las mareas la vuelta a Ítaca,
ah mi casa, donde lloré sin darme el pésame
la pérdida del primer amor como la pérdida del reino,
donde vi brillar el espejismo de una vida artística,
donde supe que un sujeto como yo, sujeto siempre
a la culpa y a la Culpa, sólo sabe
de paraísos sin luz, ah esa casa,
esa casa se quemó completamente,
se quemó en el 2000 completamente,
se quemó con los años de infortunio,
con imágenes armadas en la noche
en el teatro del sueño, donde a personajes
femeninos los solía llamar la reina o la alegría.
Yo era un muchacho delgado, alto y fuerte pero
también muy tímido, y tenía como el aire melancólico.

LA ESTUDIANTE DE 1966

...So sahst du sie im frohen Tanze walten
Die lieblichste der lieblichsten Gestalten.

Goethe, *Elegie von Marienbad*

Tendría mi edad si no fuera por el frío.
Era ligera y sus piernas tocaban los dedos
al solo tocarla. Al erguirse en el patio de abajo,
desde su falda tableada sobre las rodillas,
el mundo comenzaba a parecerse a sus piernas
y las cinco letras de la palabra *mundo*
se alteraban por las cinco letras de la palabra *deseo*.
¡Qué cintura, qué música lineal, qué rítmicas
las piernas al salir de clases!
Callada, era callada como un pasillo negro,
y al dejarla dejaba en el corazón
algo como una duda, como culpa o niebla.
Acabó por dolerme en todo el cuerpo
y cada centímetro del cuerpo era de su arco
una flecha atravesada.
¿Cuántas veces desde entonces, cuántas,
ha atravesado el corazón como una flecha,
como una luz que sangra el corazón.
Y cuando pasa eso, cuando la flecha cruza,
cuando la luz sangrienta cruza el corazón
(lo deja en cruz), algo en mí íntimo
protesta y grita por una adolescencia
sin guía y sin objetivo,

por equivocaciones y torpezas del comediante
de la obra, quien actuó de un modo
explicable en esa edad, pero que al evocarla
duele como una pérdida, como un cuento
de noche árabe que la vulgaridad rebaja
burlándose de exageración o de invención.
Y algo en mí íntimo protesta y grita
por algo que debió ser y sólo fue como
canción de época, como canción que dice
y repite hasta rayar el disco
que ésos fueron los días, que ésos fueron.
Y sangro y me doblo y me arqueo
y la reina permanece y parte,
igual al tren de antaño que verifica el recorrido
pero no sabemos en dónde ni hacia dónde.

CONTRADICTIO (1)

El ajedrez de la muerte
se quedó en una pieza

Arrojo los naipes, trémulo, incendiado,
y no dicen mi suerte

Y tuve una bestia de orgullo
que arrastró mi bestia

Moribunda,
una mujer pasea triste, descalza en la calle

Y es tarde para ser otro hombre

Salgo de mi casa, pontífice, ajeno,
con el crucifijo –una mujer—
colgado en mi tristeza

Si regreso, Señor,
quiero ser otro pero no Campos

¿Para qué vivir agarrado como loco al reloj?

Ya la gula de vivir se detuvo en mi garganta
Y mísera mi perra más odiada fue la angustia

Pero, Señor, yo converso en voz alta,

en voz baja converso, sí,
cosa distinta es que no oigas

Antes, en otro océano,
arrepentí, modifiqué el pasado

Y tus ojos caminaron tristes, inmensos,
en las páginas de mis libros

Mañana partiré, me iré del todo
Aunque hoy puedo decir:
tengo amigos, no amo a mujer alguna,
el tétano del sol duerme en la ciudad de México

CONTRADICTION (2)

En realidad, muy poco es lo que sé yo de mí mismo
Por ejemplo: tengo horror de ser canonizado

Vendí mi dignidad,
el acto que define, la frase que define,
no para vivir, para sobrevivir, señores

Y mi vida golondrina la viví,
con medio corazón en una ermita
y medio corazón en la ciudad

Fui dios y nadie,
mendigo mirando el infinito

Y escribí meditando, meditándome,
el célebre Evangelio según Campos
y todos creyeron que era burla

Sin duda mi tiempo fue otro tiempo:
un tiempo de ajedrez con frases griegas

No fue el tiempo de un Cristo indescarrable
nacido a la mitad del país y del siglo más idiotas

No fue el tiempo del mar ni de las vírgenes:
fue tan solo un espejo inolvidable

Miro al fondo el Coliseo lleno de luces, destruido
El Palatino, destruido

La luna cae sobre esta Roma muerta

Mil y un mujeres,
poetas muertos y comprados,
el Papa con diez ratas en la boca,
la rata deforme del rey ebrio,
empiezan a luchar contra las bestias

HAY UN LUGAR FRENTE AL SENA

a Miriam Moscona
y a Humberto Musacchio

Hay un lugar frente al Sena adonde bajan a veces mis pensamientos al río. Allí, cerca del puente que lleva al Palais de Chaillot, hay noches en que me pienso, me digo, reconcilio, me pienso y me duelen las palomas. De nuevo –una vez y otra y otra—he advertido el horror de la estancia y del regreso. No tengo sitio alguno. No: yo nací para pensar pero no para pensar demasiado. Nací para crear castillos y creer que eran castillos. Vivir apenas con mis libros, mis amigos, una mujer que ya la oigo. Como no fui otro, suelo habituarme a lo que soy, a cómo vivo.

No es importante, es cierto. Tener pasado y futuro no es demasiado importante. Uno puede llevar, si me permiten, una mujer inolvidable, un verso inolvidable, el Cristo llorando de Antonelli, el Cristo que llora entre mis manos. No es importante, digo.

No entiendo –no me explico—por qué debo estar en verde y grises pensando en gastar la última plata, y después la vuelta, el terror ¿a quién le explico? De pronto, de pronto me parece que no fui derrotado por la vida, sino por mí mismo. Yo podría a mi modo inventar el mundo, conquistarlo; yo podría. No lo haré, aunque me importa. Soy éste, el que llora sangrado por su ángel, el que mira en el río su río de escombros. Hubiéramos dado otro cuerpo, otra máscara, otra manera de ver y descubrir el mundo, entonces, entonces madre, mis amigos, mis hermanos, la felicidad y acaso Dios serían conmigo.

YO ESTUVE AQUÍ...

Yo estuve aquí, en el otoño del setenta y dos, en la ribera del Sena, debajo del Palais de Chaillot, y supe *exactamente* lo que sería mi vida. Yo y mi sombra estuvimos aquí. No puedo decirme engañado, porque si alguien supo lo que fue él, lo digo así, con la piedra ontológica en el alma, ése fui yo. Puedo engañar mal o bien pero no engañarme. Nadie me ha enseñado mejor a engañarme que yo mismo pero el engaño no me dura mucho.

El verano, dicen los parisienses, se ha podrido. La lluvia y la niebla lo han podrido. Pero hoy la tarde es de sol y claro viento, y la tristeza por lo que fui y por lo que hice no se ha ido ni con el sol ni con el viento. Yo tenía 23 años y han pasado 28. Nunca creí que la leña en la hoguera ardiera tanto pero no estuvo mal que ardiera tanto. Me miro de frente el sol, y me digo así, para mi colete, que 28 años no se tocan con los dedos, pero aprietan la garganta como con grilletes y agarran el corazón como con un garfio.

Era el final frío y oscuro del otoño, un frío que oprimía el cuerpo hasta deshojar los castaños en el muelle. En las calles se multiplicaba la hojarasca y fugaces luces picoteaban la espesa niebla. Escribía cartas a Carmen y Carmen a veces me contestaba. Cuando regresé a Ciudad de México, en vísperas de Navidad, Carmen recogía del jardín las nuevas hojas y escribía en ellas. Pero ¿podría haber sido de otra forma para mí? ¡Si me hubieran visto a mis 23 años! ¡Si me hubieran visto volar ciudades con los pies de viento y con el impulso y la fuerza del corazón roto! Yo tenía la fuerza para conquistar el mundo, yo la tenía. Pero se fueron los castaños, quedó mudo el cine donde asistía cada tarde y cada noche en los últimos meses del otoño frío antes de venir a

meditar a este lugar del Sena, este lugar que ahora busco y en nada se parece en el que estuve tanto.

¡Pero qué distracción! ¡Qué desatención elemental! A causa de mirar las imágenes en las aguas del río no me di cuenta de que la barca zozobraba y mi sombra y yo caíamos a las aguas del río y no veo a nadie quien pueda ya sacarme --ni me interesa que me saquen.

Y menos cuando no hay ni siquiera cartas.

AQUELLAS CARTAS

El ayer llega en el hoy que saluda ya el mañana.
Era fines del '72. Yo atravesaba en tren
Europa occidental, o caminaba por saber adónde,
un sinnúmero de calles, y en cuerpos ondulados
de jóvenes tenues, o en la delgadez del aire en la rama
de los castaños, o en reflejos, que creaban imágenes
en aguas del Tajo, del Arno o del Danubio, la creía ver,
y ella lejos, en mí, en Ciudad de México, con sus
clarísimos 19 años, regresaba en verde o azul, para luego irse
y regresar e irse en el ayer que hoy llega para hablar mañana.
Era fines del '72, y yo no sabía que el mirlo cantaría para mí
a la hora del degüello. Ella hablaba de amor en mí, por mí, de mí,
pidiéndome que le enviara más cartas, que guardaba
-eso decía- en el color de los geranios sobre los muros
de su casa en el barrio de San Ángel, sabiéndola diciembre
que era de otro, pero yo le escribía cartas y cartas
en el compartimiento del tren de una estación a otra
bebiéndome milímetro a milímetro la morena de su cuerpo
como antes, sin saber que la tinta se borraba como
el color de los geranios en el muro de su casa.
Pero al evocar ese ayer convertido en un hoy que es ya mañana,
sin escribir ya cartas entre una estación y otra, me parece
que aún oigo la canción del mirlo a la hora del degüello.

CEFALONIA

Era agosto. Era 1988.

Yo veía desde lejos, como si estuviera
en cubierta, la línea verde, la línea larga
verde y sinuosa de la isla de Ítaca.

Oía el silbido de las embarcaciones
a punto de partir.

Bajo el sol en fuego de las cuatro de la tarde
a diario subía la colina para contemplar Ítaca
y oía los versos de los líricos arcaicos en el murmullo
de plata de los olivos. E imaginaba Ítaca.

En los caseríos de la isla miraba a las ancianas
tejer asiduas a la hora del atardecer y a los viejos
hablar como sólo lo hace el rumor de las olas.
Oía pláticas de los ancianos (que me *sonaban*
pero no entendía) frente a puertas y ventanas
de pequeñas casas albas que fulguraban más
con la fulguración del sol. E imaginaba Ítaca.

Con dos barcelonesas en las noches
cenaba cordero y ensalada,
mal gustaba del vino de resina, y decía que sí,
con seguridad decía que al día siguiente
me embarcaría hacia Ítaca: me esperaba el barco
en el que iría a la isla que era el final de la navegación.
La isla donde pensaba llegar. La isla

donde siempre pensé llegar.
Pero al alba siguiente posponía el viaje
para el alba siguiente y al alba siguiente
para el otro día. Mientras tanto,
subía a diario las colinas, visitaba en el bus
precipitados pueblos, saludaba
de mañana a los recién llegados,
los despedía al partir, y miraba
de tarde desde la colina
la costa esmeralda y ligeramente sinuosa
de la isla de Ítaca.

EN LAS PLAYAS DE CORFÚ

¡La niebla se enredaba, volvía, era un gato maullando
entre los árboles!

Mi padre, esperándome en la playa,
me gritaba: “Hijo ¿desde cuándo la sombra te persigue?
¿De qué sombra o mujer vienes huyendo?
¿Qué escuchaste –qué voz?—detrás del eco?
Fuiste huella, los nombres de los hombres
Aún te quedan el sol y el pensamiento

MADRUGADA EN ATENAS

Anoche, en el jardín de los sueños,

te vi:

estabas en las ruinas y en los arcos

Hoy, al levantarme,

me asomé a la ventana,

y en las ruinas y en los arcos

había un manantial

de pájaros

GRABADOS ESPAÑOLES (1)

Joven diciembre veo en el cielo las ciudades que fueron la ciudad de Toledo. Camino. Miríadas de alfileres destellantes? pican y picotean la calle. Voces Voces. El río bebe la nieve y dice, al detener la lengua, su nombre oriental. Casi tenues las calles suben, bajan, se cruzan, se entrecruzan, ¡Es el aire!

¿Yo? Yo anhelé que los astros fueran míos. Yo robé huella y polvo al dios del viaje. Yo soy la bestia que siempre han derribado. Mi padre fue como yo pero sin ojos. Degollaba corderos bajo el árbol y los nombres ardían en el mapa de su cara. Timoneó múltiples barcas, y en los atardeceres nos contaba con olas en la voz que espumaban el horizonte de la mesa del trasmar y del trasol inexperimentados. Vigilé su sueño, lo guardé en la brisa y el aire marinos, y en un capítulo leí que la batalla y Paulina eran los ojos que esperaban el país y la ciudad natales, que a su vez esperaban al poeta que cantara las innumerables hazañas para que las generaciones sucesivas tuvieran algo que cantar. La melodía figura de Paulina —observó mi padre— parece el dibujo de un maestro ático en el relieve de un templo. Eso dijo.

Mi madre partió de tarde al sol. Soñó en un mundo feliz que nunca quiso. En la frente de los hijos señaló con ceniza la historia de la culpa con imágenes del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Antes del rosario o antes de dormir, respunteaba en oro los relatos espléndidos del marido inolvidable al que nunca esperó. Discutíamos por nada, hablamos casi nada. No pueden hablarse dos gentes que crecieron destrozándose. Siempre, siempre.

El río se borra de mis ojos y al marchar me borra. Y yo ¿quién soy? ¿En qué espejo me perdí? ¿En qué río?

He negado a la sangre la heráldica más oro, las simbólicas fechas, la espada musical, el alba más alma que glorifica el cuerpo, y sólo sé que soy alguien --¿un aire, un simulacro?—que soñó una grandeza sin desprecio, que asumió la desdicha y el propósito.

GRABADOS ESPAÑOLES (2)

Silencio, por favor, cambien de acto. “¿Recuerdas –me dices--, recuerdas aquella vez cuando oíamos las hojas del olivo como música verde en aquel valle griego, recuerdas, recuerdas, cuando te dije: ‘Tu poesía es muy amarga, no entiendo por qué tu desamparo’...?”

Y renace iluminándose el rostro dulcísimo y triste de Paulina en el instante que era el universo.

Bah, todo es cierto y no es cierto, tan cierto como este coñac que bebo hondo, como este hombre que habla de diciembre y del dolor como algo ajeno. No es para rasgar las vestiduras pero escúchame: uno es hermosamente infeliz y así lo dice, así lo escribe para el oído y los ojos de las generaciones que pasan como hojas. Uno actúa o simula actuar, o mejor, decide o cree que actúa, como el príncipe Hamlet, lleno de luz y lucidez, hasta que otro, ignorante del libreto, opina inopinadamente que el personaje o su disfraz no tienen ni heroísmo ni nobleza mínimos.

Y la función no continúa.

Uno es hermosamente infeliz, como te he dicho, como te digo, Paulina, con mexicanísimo modo de aguzar el grito a media sombra, huyéndome del cuatro en el caballo apocalíptico, ¡huyéndome! Al blanco, al negro, al culpable, al soñador, ¡huyéndome! Exacto: el pez astralmente se me impuso y el agua calló a mi cuerpo hasta volverme sol bajo el olivo en aquel valle desolladamente griego en la mañana terminal cuando oíamos las hojas como música verde.

¿El cielo? ¿Escuchas en el cielo? ¿Crees en verdad que exista un paraíso para culpables? ¿Lo crees? Soy el infierno de mi cielo ético. Me he vuelto flébil, fino, elegante en ocasiones, yo que juré por la llama y la gloria corporales. ¿Me escuchas?, ¿me quieres escuchar? Quizá si te

grito me alcances a escuchar: “Yo quise —anhelé—que mi Reino se hiciera en este mundo”.

ARLES 1996-MIXCOAC 1966

El estado más puro de nuestra
vida es el adiós.

Péter Dobai, "Campanas apagadas"

Ahora el mistral en su furia agarra todo, lleva todo,
arrebata todo: follajes, olas, olores, el color de las
faldas de las mujeres, las miradas desde
las ventanas, el amarillo quemado de las casas.
Miro desde el muelle el puente de un extremo a otro,
de un barrio a otro, a una ciudad que se desvae,
a una soledad que crece, que no ha dejado de crecer.
Teníamos diecisiete años y el patio de la escuela
era inclinado y grande y no necesitábamos decir
ayer porque *mañana* ilusionaba todo.
¿Qué ayer puede tenerse a los diecisiete años?,
pienso, mientras el Ródano se aleja bajo el puente
y las golondrinas se ponen de amarillo
para medir el trigo y llamean de azul
para anidar el cielo.
¿Y qué pájaro sabe decir *adiós* como las golondrinas?
¿Qué pájaro mide treinta años en un adiós sin fechas?
Entre ella y las golondrinas quedaba
el verano a la distancia.
El mistral se contrapone a las ventanas,
las miradas huyen, y yo lo oigo, y hay algo
en él, algo, algo en el viento poderoso
--la fuerza, la fiereza, el combate--

que yo hubiera querido comparar a mi vida
--mientras el viento golpea los plátanos, la fachada
del cine y golpea de nuevo la fachada de
la capilla. Golpea.

¿Hubiera sido? Hubiera sido, sin duda.

Pero hoy sólo oigo el mistral sobre el follaje,
la rabia del mistral tremendo en pandemónium,
y el puente se ahuyenta, la ciudad se borra,
antes, claro, de esos diecisiete años, cuando
yo decía en el patio: "Eres la reina", y ella
me decía: "No sé...tal vez..."

BIRKENSIEDLUNG¹

a Brigitte Winklehner

Jesucristo caía inclinado y azul
desde el cielo azul.

Moró lleno de lluvia entre abedules
y bosques y praderas en invierno
eran intransitables por el lodo.
Sin hojas, los árboles parecían
de pronto figuras atroces o fantasmales.
Rememoraba el rumor del arroyo,
las voces cayéndose de agua del Untersberg.
Las grises nubes bajaban difuminándose,
esfumaduras leves levemente en el
ramaje azul abrumado por un paisaje áspero;
en días de sol hacía que la piel
se hiciera hierba al rozarse en la hierba,
oía pasos y hormigas como astillas crepitantes,
saber que la sangre consumía fuego,
que el cielo eran praderas y libertad y sol,
y sólo eso queda, y sólo eso nos queda,
porque los años nos van dejando
como los abedules en invierno.

¹ Barrio en el límite del sur de la ciudad de Salzburgo.

LA MUCHACHA Y EL DANUBIO

Como rama al romperse en el invierno blanco,
corazón lloró a la estrella; triste era el olmo,
y hace muchos años; cuánta fuerza y fiereza
en la adolescencia sin dirección; quién se atrevería
a decir: "Por aquí pasó el vendaval"; Dios creció
las ramas y cortó las hojas para que supiéramos
de la felicidad, si la luz pasa. ¡Ah el Danubio!
Estrella lloraba el corazón. Ella era agua
que sabía a vino; donde llegaba se oía
la luz. Era la estrella en el invierno blanco.
Era blanca y hermosa como el pueblo donde nació.
Ella me queda, me vive en mí, me llama
como un remordimiento.

CAFÉ KORB

Con alguna frecuencia, en tardes
o al anochecer, al principio de su estancia,
el forastero llegaba al Café Korb,
buscando que la soledad
se quedara dos horas
como la chamarra en el perchero,
buscando algo que pareciera
rumor o luz de vida, algo
para sentirse menos solo
en una ciudad de gente sola,
y el mesero alto, grueso,
amable, tomaba la orden,
“Mire, déme...”,
algo, algo que permitiera leer
un ensayo, un cuento, periódicos
del día o tal vez escribir
el borrador del borrador de un poema
que no conocía el inicio,
y el mesero servía el Moka grande
o un doble thé,
y él veía desde la mesa gente
cruzar o leer diarios o
quedarse como estatua o hielo,
y pensaba, mientras leía, que cuerpos
como los de Alexandra o Agnes tenían
el sol que no tenía Austria,
mientras afuera, en las calles,

caía nieve o lluvia o bruma o
delineaba apenas una
delgadísima luz, y él, al bajar al baño
y mirarse en el espejo, confirmaba que
el pelo seguía encaneciendo o destruyéndose,
pero qué vida (se preguntaba) empezar
a los cuarenta, que sea realmente vida,
y subía de nuevo para sentarse un rato
-- y las mujeres cruzaban.

“La cuenta, por favor, sí, todo
estuvo bien, gracias”,
descolgar la chamarra y ponérsela,
y salir hacia la calle
y a la noche sin perros.

EL FORASTERO EN AUSTRIA

Fue como casa alfarera en el jardín
y en torno de la casa un país como
vals o bosque. “Reino del Este”,
decían al forastero, quien iba
al hallazgo de una Navidad sin ángeles
en el regreso radical, y mírenlo.
Quienes lo veían acercarse a la riba
del Inn, a la riba del Salzach o a la riba del
Danubio, quienes sabían llorar
de frente a frente, quienes sabían morir
sin luz de luna, sabían de un país azul y blanco.
Quienes lo veían subir a los Alpes poderosos, o
veleando en los lagos en alas de las aves, o
escuchaban su nombre en el tomillo del bosque,
quienes de tarde al anochecer bajaban la montaña,
sabían de un país azul y blanco.
Sabían que Austria era un ramo de pueblos
como castañas cayéndose, castañas caídas
en madera o hierba, rama de muchachas
que dejaban en hojas la huella de la luz,
amistades como frisos en peristilos claros.
¡Mediodías de Sankt Gilgen! ¡Gaviotas en el Inn!
¡Montañas y bosques de Bad Ischl en vez de caza!
¡Tranvías de Graz más grandes que la calle!
¡Tabernas de Viena o de Alta Austria donde
el vino sediento bajaba hasta la boca!
¡Oh niebla, oh casa de niebla y frío, oh frente

coronada de nieve como espinas, oh noviembre de
niebla para tantear en la puerta del Pastor,
si fuera oveja!

¡Oh casa, oh país que *él amaba contra todo!*
Austria, con sabor a manzana fermentada, Austria,
como un cuadro de Egon Schiele que de cuello
cortaba el corazón,
como la poesía de Trakl, exacta como
el ángel en su precipitación y culpa,
como la medalla musical de Mozart que dio
efigie y cielo al recorrido del gorrión,
Austria que se ama como un objeto bello
pero frío y sin luz,
como algo melancólico y puntual que
se hace arena o mueble ceniciento,
como una muñeca que entregas con el corazón
a una hermosísima mujer que nunca fue una niña.

ZUM WEISSEN ENGEL

(Georg Trakl)

a Pura López Colomé

Es del otoño un día soleado. Pero no hubo sol
para ti. Estoy ante la farmacia donde empezaron
a ser habituales el cloroformo y las
imágenes claras y puras del infierno.
Empezaron los primeros metros del precipicio
y ya no habría piedra o árbol que detuvieran
la precipitación del ángel.
Viví en la ciudad un año y medio.
Paseé sin fin por los sitios que nombraste,
que de pronto se volvían neblina o sol,
fuga purísima de tordos, hojarasca, nieve.
Todas las imágenes e iconos de Salzburgo
salían de los muros y conversaban
de sus sueños en voz baja bajo el Mönchsberg.
Los caballos saltaban en las fuentes y huían
como relámpagos en dirección equívoca,
y en el río la barca giraba sin fin como
las manecillas del reloj, mientras el castillo
vertebraba su deconstrucción en las aguas.
No sé cuántas veces ha cambiado la forma
interior de la farmacia. No es la que yo conocí
pero el ángel negro todavía despacha
las medicinas atroces, y pregunta: “¿Algo más?”
Los muros guardan la humedad del siglo

y se escucha el rasgido de tu pluma
sobre las espantosas hojas donde escribías
tus primeros poemas y las visiones que sólo
puede crear en la noche el bosque.
Hermano, pero hermano triste y destruido,
hermano sin albergue por la tierra.
Cuando subo el Calvario de la calle Linzer
y llego a una iglesia donde me dan vino,
veo tu torso sangrante en la pared
y nadie puede extraer las flechas.

ELEGÍA DE FILADELFIA

a Juan de Dios Vázquez

Por ella viví en el mal de años (digamos tres),
viví y el calendario señalaba: 1974 a 1977
Crédulo me decía que la vida se hace
como el bronce en las manos de Rodin,
como las parejas enlazadas de Rodin,
como lo decía Paulina en su avanzar como música
bajo el follaje de los fresnos y las casuarinas
de las dos plazuelas de San Sebastián
en las breves y rinconeras calles
del Chimalistac sombrío

El día abre puertas a la luz
Emerjo del Subway y me sumerjo en la marea de gente
que sale de la mole ennegrecida del City Hall
En poco más de dos siglos este país de salteadores
deshizo al mundo para convertirse,
sin pedírselo nadie, en el forajido
disfrazado de policía
Bebió hasta hartarse en la pirámide de los sacrificios
la sangre de los mexicanos para punzar
con tinta roja en el amate y delimitar en los mapas
lo que en su saber es el sur de ese país
Como casi todo pueblo, el nuestro,
salvo en libros de historia, no mira ni siquiera
el rostro mutilado que el salteador sajó
Generaciones van y generaciones vienen

y hace varias generaciones
que nos arrancaron la mitad del rostro,
y somos amenazados por el perro fiero
que desde la puerta de la casa mira
al perro tullido que merodea con hambre
No es lucha de perros, ni siquiera eso,
me digo, y deambulo triste
a la sombra de un cielo hecho cenizas
en la soledad gris de la mañana trística,
y desciendo en calle Chestnut, una calle larguísima
con tiendas de *bric-à-brac* y de comida rápida
y de construcciones de vidrio y acero y ladrillo rojo,
pero detrás de cuyas paredes se alcanza a ver
el dinero de los hurtos gigantescos que
les ha servido para comprar el gran arte
y para pagar a hombres que numeran y marcan
la piel y la carne de animales y bestias
en el matadero gigantesco de Wall Street

Pasaron veinticuatro años,
claro, veinticuatro años
La luna, la leve luna, que dio el azahar a otros,
no me lo dio a mí,
y en la premura del verano líquido
terminó todo en escenas de boda convencional
de una pareja a la que ningún augurio
negó la felicidad
Con mi traje puesto para ningunas nupcias,
yo sentí (como en diciembre del '74),
cuando tres veces a la sombra me negó
tres veces diciendo que "no me conocía",

cuando como cierva asustada
buscaba malezas o huecos en el bosque
para engañarme en la huida,
yo sentí que los platos y tazas de mi casa
se caían a pedazos en mi casa
Que muros y muebles se ensombrecían
Que del libro más optimista o baladí
no lograba pasar por mi tristeza
de la página cinco o la nota dieciséis
Que de pronto en mis libros y cuadernos
lucía su nombre escrito que se rompía
en su luz múltiplemente y me rompía
la luz del alma en la luz del día contradictorio
Que el único sitio al que puede aspirarse en esta tierra
para vivir con decencia es el jardín emponzoñado
Que daba lo mismo todo
Ya daba lo mismo todo
Ay de aquellos que no oyen a tiempo
el canto de las sirenas, o no lo oyen,
porque el amor pasa como las naves,
porque el amor pasa como las aves,
y no vuelve

Vaya si fue duro ese año oscuro del '77
Fue la única época —*la única*—
que tomé a diario tranquilizantes
Mi cuerpo de triple roble se debilitó
y nada me regresó el vigor antiguo
Yo no sabía en ese momento
que fuerza y fulgor se ensombrecían,
que una desconfiada y fuerte y cauta madurez

me nacería en los siguientes meses cuando
arrojé a la basura los tranquilizantes,
y viví, seguí viviendo, creí seguir viviendo
como mejor pude

Doy vuelta en calle ocho y viro a calle Walnut
Entro al café de La Cigale
Saludo al propietario
Canadiense exhibe el café como francés
Ordeno un doble espresso Me siento
Bebo lentamente del espresso
Modelar los cuerpos como el bronce en las manos de Rodin,
nada más exaltado en su pureza que las parejas enlazadas
haciéndose el amor con el más alto amor
en las batallas del lecho, como decía Paulina,
mientras avanzaba musicalmente bajo los árboles
de las plazuelas y de las calles sombríamente verdes
del rinconero e íntimo Chimalistac

Pero fue menguando la fuerza corporal de juventud
Pero mi vida fue pareciéndose al barco de papel del niño
que un hombre arruga y lanza al suelo con furia
mientras el llanto le cierra la garganta
Arruiné gran parte de mi vida, pero jamás
me vio nadie escupir el libro de ética en la plaza pública
o beber hasta saciarme en el charco sucio del jardín,
y eso, en verdad, es lo único que lego,
es decir, algo que no se palpa ni se ve,
y tal cosa, vamos, en México
ni quien la tome en cuenta
En México cualquier serpiente o gusarapo habla

de “conciencia tranquila” o poder “ver de frente”
a los acusadores y a la gente de bien
Pero eso no importa
Pero eso a nadie le importa
El peor de todos vomita y escupe sobre la camisa alba
del mejor y después lo acusa ante la justicia
o lo vulnera ante la opinión pública

Salgo del café y cruzo la calle
Oigo a lo lejos las navegaciones fluviales y las llegadas
al puerto de las imágenes de los sueños de William Penn
Ha habido días fríos
nublados

de claro sol
Salvo los almendros y los arces en la universidad
los árboles de Filadelfia están desnudos,
pero los pájaros ya llegan a las plazas
al olor de marzo, y las ardillas,
con las colas más largas que los cuerpos,
retozan en la hierba, brincan, se pican el hocico,
picotean migajas, huronean, desprenden
el vuelo del vuelo de los árboles

Entro casi a ciegas a Washington Square,
entro y oigo las voces lúgubres de miles
de soldados que dieron forma a este país,
entro y cruzo la plaza y sigo directo
hacia calle Spruce, y sigo y sigo, y no paro
hasta llegar al río, donde en las aguas contemplo a las sirenas
que un día creí que cantaban para mí.

VIERNES EN JERUSALÉN

a Esther Seligson y Ruth Fine

Desde la clara altura del monte Scopus
contemplo de mañana y tarde las colinas
y resplandece áurea en el centro la cúpula
en círculo del Domo de la Roca, y resplandecen,
en la ladera inferior del Monte de los Olivos,
las cúpulas de oro de la iglesia rusa
de María Magdalena, que parece puesta de pie
sobre un andamio de aire
De tanto en poco y de nuevo en autobús
bajo del monte a la ciudad en sol de viernes,
y atravieso barrios donde pájaros negros
contrapuntean la luz y hablan con Dios, y sólo eso

Y recuerdo a mi madre apoyada en su bastón,
caminar penosamente a través del cuadrángulo
de la nave de San Diego Churubusco,
y me regresan los rostros de los abuelos idos,
que oraban a las nubes en la hora de la labor
en la hacienda aguascalentense de San José de Guadalupe,
y reflexiono en el *impasse* de Oriente Medio,
indescifrable más que un escrito cuneiforme,
donde se cede un ápice para después no darlo,
y creo con razón que “la razón engendra monstruos”,
que razón y corazón y templo no se unen con la regla,
que la muerte amista a la muerte que no muere

Desciendo en King George, cruzo la calle,
enfilo hacia Ben Hillel y miro cómo se multiplican
decenas de gatos esqueléticos, que pasan y sobrepasan,
en la tabla aritmética, el número de mendigos
En meses del invierno –me dicen—llovió mucho
y a las aguas del mar de Galilea y a lo largo del Jordán
bajaron las voces de agua de Juan y de Jesús

Me paro y miro hacia abajo en Ben Yehuda
Ayer, o antaño, o hace poco,
la calle parecía abejera,
pero hoy apenas son visibles
puñados de gente
aquí y allá

Llego a Yaffo
Jóvenes soldados, mujeres y hombres,
con el rifle apuntando hacia la cara,
con el rifle apuntándose a la cara,
defienden su niñez y la niñez de otros

*Rogad por la paz de Jerusalén
para que prosperen los que la aman
Rogad a Dios que roguemos por él
para que no viva en tristeza y desventura*

Y la dicha dónde estaba, dónde estaba
el dinero que ciega y abre puertas, la fama
que ciega y abre puertas, el Amor raído
con su vestido a ciegas

Por la calle de Yaffo, las jóvenes israelíes,
 tan respirables, tan mediterráneamente frescas,
 con el vientre desnudo y los senos frondosos,
 dan miel dulcísima a la boca
 y vino que gotea sobre la boca

*Hermosas son las hijas de Jerusalén,
 pero más codiciables, higueras que dan el higo,
 palomas en parvada hacia el hueco de las peñas*

Frente al Correo Central, de pie con los ingleses,
 busco responderme ahora, en la primavera
 del año tercero del milenio, con el fardo
 de los cincuenta y cuatro años,
 después de atravesar un túnel de larga oscuridad,
 por qué seguí una navegación, la cual, desde el principio
 yo sabía que la echaría a perder
 sin regresar jamás a Ítaca

*Oh Jerusalén, color de arena y miel,
 ciudad de Dios convertida en un infierno,
 donde los hijos caen a filo de cuchillo
 y los niños lloran al padre que aún ayer,
 después del almuerzo o de la cena,
 dejaba en la sala de la casa
 el vaso de vino y el humo del cigarro*

Llego a la Ciudad Vieja, el centro del cielo vertical
 de naciones y tierras, donde el fuego cruzado
 de cristianos y árabes, de judíos y de turcos,

perfora la hoja blanca en el pico de la paloma
 Por cada terrón, por cada esquirla de calcedonia o vidrio,
 de piedra basáltica o caliza, por cada astilla de la madera,
 estéril, absurdamente se han sacrificado millares de millones
 sin que la vida del asno o del camello se modifique un palmo

Ay Jerusalén, Ciudad de la Verdad, de tu casa
 los pájaros se llevan en el pico la hoja del olivo,
 se llevan en las alas el higo ya desecho,
 regresan y se elevan llevándose el Hijo ya desecho,
 y resuenan con dulzura en los muros de la iglesia
 los discos de los címbalos y la letra de las Bienaventuranzas

Llego a la Puerta Nueva y de la calle de El Jadid
 desciendo por Frères y por St. Francis
 y los gritos de los árabes a grito herido
 solicitan y claman que regresen
 los años del alfanje y del bolsillo próspero

*Rogad por la paz de Jerusalén, ciudad de paz,
 aunque el hermano recoja en la acera
 el cuerpo agujereado del hermano*

Desde los once años dejé de confesarme,
 dejé de comulgar, me alejé de la práctica y del rito
 Para el niño el sacerdote era como un dios terrible
 y rencoroso, que lenta y cruelmente lo hundiría
 en las aguas agitadas y el fuego de la Gehena

¿Por qué el catolicismo se basa en el dolor?

¿Por qué Cristo permanece en la cruz

y no lo vemos de pie en la Galilea, cortando
 la anémona y la rosa, volviéndose agua
 en el agua de los lagos, o en la cumbre
 de los montes transfigurándose en luz,
 sin más mensaje que el claro renuevo del almendro
 y la pulpa del níspero en la boca
 en la clara mañana que dará el mañana?

*Esta es Jerusalén, a quien Dios puso en medio
 de las naciones y a la tierra alrededor de ella*

Mezquita, iglesia o sinagoga,
 Dios se multiplica por Uno hasta ser muchos,
 y regresa, con el pan y los peces, con el vino
 y los vasos, para terminar desangrándose por
 callejuelas y plazas de la Ciudad Vieja
 ¿Pero qué puede hacer un hombre con el corazón roto?
 Un hombre que buscó la orientación sin atlas y sin brújula,
 y no quiso saber que a siete kilómetros
 permanecía íntegra y abierta la Navidad en la tierra
 Todo bajo el sol tiene su tiempo, dijo el Predicador,
 pero yo vine en el tiempo equivocado
 Un día, en fin, a la verdad, sin darte cuenta,
 Dios o los dioses te abandonan, sin darte cuenta
 crees que el mundo es ancho y grande y múltiple
 y se hizo para ti, y vas a la deriva y no lo sabes
 Esa vida, esa gran vida no la hiciste,
 diste veinte mil vueltas por veinte mil círculos,
 pensando que la hacías, creyendo que la hacías,
 cuando ya la velocidad del caballo era un pie roto
 y la fuerza del león el llanto del ternero

Dando traspiés, dejando atrás comercios de baratijas,
sangrando de la espalda y de la frente, ensordecido
por el griterío, enceguecido por el sol de abril,
llego, fuera de la ciudad, a la cima del monte,
miro las lágrimas de la madre sin consolación,
miro al verdugo clavándose las manos, y pienso que
a lo mejor alguna vez, alguna vez, cuando el justo
lo sea de corazón y el sufrido de espíritu
no escuche la canción del necio,
cuando el nombre del malvado sea raído y sucumban
el héroe y el mártir fraudulentos, cuando no sea un lloro
el tiempo de la tribulación y el tiempo del infortunio,
el verano se *hará* una golondrina, el sol verá su luz
en el fruto del naranjo y el vino viejo
se beberá por fin en odre nuevo

*Y en ninguna calle de Jerusalén podrá caminarse
porque muchachas y muchachos jugarán en ellas*

GAVIOTAS EN EL ESCALDA

El lento Escalda, las lentísimas aguas del Escalda, llegarán al Mar del Norte y llegaré al Mar del Norte, y las seguiré, y seguiré leyendo el libro real, que se pierde casi todo, y el libro imaginario, que si bien escrito, perdura por los siglos y un día. Fui el hijo pródigo que regresó a casa demasiadas veces.

Desde la década de los setenta recuerdo de Bélgica el cielo plomizo, la bruma, la lluvia sin sosiego, la llanura infinita... Tañe el carillón de la catedral cada cuarto de hora y resuena en calles y casas del centro y las pone en equilibrio.

A este país lo dividieron las aguas de Inglaterra y los árboles de Francia, de Holanda y Alemania, hasta parecer una pequeña isla en pleno continente.

La recuerdo con sus *jeans* y su blusa abierta. Yo tenía 23 años y ella casi 17. Me dio soles oscuros y soles amarillos. Era flamenca. Blanca, con el cabello negro, los ojos ferozmente tímidos. Escribía cartas bellísimas. Bailamos en Bruselas. Hablábamos un mal francés que delectábamos. Sus nalgas y sus piernas estaban hechas para la desesperación de las manos. Fue un amor a primeros dientes y aún conservo en la boca el sabor de la transpiración de su piel. Los amores fugaces no dejan tristeza *si se gustan* y ninguna tristeza *si no hay compromiso*.

Pero ¿qué hacen los gallos al lado de las palomas y de los patos en los bordes del lago del parque? Pero ¿quién los citó aquí en Amberes fuera de las horas del despertador en las deshoras de la mañana y de la tarde?

Pero hablemos en el mes de mayo de 2005 de una joven sudamericana. Sabemos que las mujeres actúan de manera impredecible o incomprensible, pero no deja de asombrarnos cuando lo

hacen. Nada quiere decir nada cuando una mujer te dice no. Es como si no hubiera inicio, como si el cero se volviera un cero más grande, el 1 pisoteado. Pero ¿se puede caminar sobre las aguas sólo con fe? No envejece el corazón ni el dolor que te dobla, es la piel la que se aja. Quizá la flordelisé en demasía. Nadie puede argumentar con nadie si no se sabe qué significa un argumento. Yo hubiera hecho con ella una cita en el fin del mundo; ahora, en la ausencia, se queda en nosotros ese fin de mundo. Que sea para bien o sea para mal, me da lo mismo. Como perro enternecido la seguí por meses en América y Europa. Arrojo por la ventana América y Europa. Las cartas que le enviaba eran pájaros que llorando regresaban solos. Sin embargo en la calle o en la plaza a veces creo oír su voz detrás de mí o junto a mí, pero nos oiremos mejor en el infierno, eso sí, cada quien por su lado. Tal vez entonces, alguna vez, en ese nunca... Algo, mientras viva, le quedará claro: no encontrará jamás a nadie que le escriba como yo lo hice.

Ella no me entendía, ni yo la entendí nunca, pero luchábamos por no desesperar sabiendo que era fútil no mirar los ojos de las mujeres próximas a María en el ascenso del Calvario. En vez de repartirnos los clavos en la deposición de Jesús el Cristo, los tres me los dio a mí. Quise hacer con ella un rostro de muchacha gótica (así era su rostro) y me dejó tirado en el suelo en un charco de escupitajos de donde habré de salir. La tristeza y la rabia (diría un hombre de empresa) se miden *por resultados*, pero lo mío fue un libreto para comediantes o cómicos de un personaje disminuido que no sabe qué hacer con el personaje de una niña tonta. Que se busque Francesca otro Paolo porque al imbécil se le rompió la boca y se le disminuyó el corazón. Me alejo desde hoy al Renacimiento.

Pero, ¿acaso no hay un puente en el Escalda para llegar a la otra orilla? ¿No habrá en todo Amberes una sola gaviota que con un grito áspero nos diga lo que perdimos?

Que venga el señor tipógrafo a poner las palabras donde no supe nunca ponerlas.

DIOS EN VOLLEZELE

Dios volvió a la tierra y miró el mapa y empezó a recordar nombres de pueblos flamencos: Vollezele, Herne, Galmaarden, Denderwindeke, Geraardsbergen, Ninove, Tollembeek, Oetingen, Nieuwenhove, Aalst... Después de siglos y siglos de haber creado el mundo no quedaba en la niebla de su memoria una calle perceptible. “¿Pero cómo pude ser tan olvidadizo?”, dijo en voz alta para sí, rascándose la cabeza como un niño de primaria que no sabe qué responder al profesor. Comprendió su falla. Miró en torno de él, se arremangó la camisa, respiró hondamente y empezó por poner al Hijo azul en el centro del pueblo y a la paloma de luz entre el Mosa y el Escalda para que mirara más allá de las aguas del bautismo. Y por primera vez el hombre y la mujer se buscaron el fuego en los cuerpos para huir de la lluvia y del invierno. El *todavía* no se abolía en el *nunca*, pero la mujer, la primera criatura de la creación (pensó Dios para sí mismo), “en verdad me salió perfecta”.

Dios señaló con el dedo y dijo: “¡Hágase!”, y al golpe de las sílabas y al golpe de las dos admiraciones, se alzaron una farmacia, dos cervecerías para solitarios del lunes y martes de todos los días, el café para tomarse un mal café, la panadería con olor a campo y a señora joven, una tienda de aparatos eléctricos que no abriría jamás, casas con techos de dos aguas para que la lluvia bajara por las tejas y bajara hasta Namur para bebérsela el Mosa, buzones para cartas de primeros sellos, un teléfono directo con los ángeles, la iglesia con campanas de tañidos lejanos para oír desechos en Bruselas los Hechos de los Apóstoles.

Y vi a Dios poniendo árboles en la llanura, cavilando el hombre nuevo, porque lo creado anteriormente fue un fracaso y la historia escenas infinitas de depredación y de carnicería. “Te equivocaste”, le dije en un

buen plan. “Se equivocaron todos”, me repuso. “Más allá de la línea, continué, victoriosos y vencidos se engañan tanto que hablan entre ellos de un pasado glorioso mientras más muertos y sufrimientos hay. La historia son historias de dolor y de horror. La vida nos deja al margen de la vida”.

Dios continuó la tarea y mientras platicábamos de historias de la historia, hizo surgir el arbusto del saúco para que las flores albearan el país, la niñez de las verbenas como un punto en un cuadro de Miró, las tímidas campánulas disimulándose en la miniatura, el rododendro como estrella iluminada en lila, el geranio que aviva lo que toca.

« Qué fue primero: ¿el paisaje o las palabras? », le pregunté. Y me hizo una seña y miré con asombro las ondulaciones de las colinas, los sembradíos geométricos, los horizontes con árboles azules.

Los viejos, hasta ayer petrificados, se pararon de la mesa y salieron al aire libre a segar la hierba del jardín, los hijos se dirigieron al campo para tomar la azada y los hijos de los hijos a embriagarse hasta caer en la cervecería de la Ruta bebiéndose en el cáliz la cerveza 255 creyendo que era vino.

Desde entonces los mirlos gorjean entre los arces con hojas de cinco orientaciones, aletean en la punta de las hayas gigantescas que horadan las nubes y hacen sombra en el follaje de los álamos plateados que murmuran algo inmensamente antiguo, pero Dios no sabe, nunca supo, en qué lugar quedé yo inerme y en qué lugar quedó El inerme. Como El sabía quién era yo, y como yo sabía quién era El, no podíamos, por engaño, indiferencia o simulación, hacer a un lado lo que fuimos siempre: dos solitarios perdedores.

MI PADRE TOMABA FOTOGRAFÍAS

Moro en Amberes Sur, frente a una furiosa plaza donde fluyen todos los vientos que vienen del Mar del Norte. Sobre la mesa de mi estudio, padre aparece en la página de mi cuaderno con una cámara fotográfica cuando él tendría cosa de cuarenta años. Lo importante (solíamos coincidir) es que la fotografía te conmueva y te *diga algo*: la melancolía gris del paso del tiempo en las torres hendidas de una iglesia de pueblo, la hermosura secreta de un rostro de mujer, la máscara detrás de la cara, lo que entrevemos en el paisaje, el dolor en el rostro crispado de la madre al ver al hijo muerto, el horror de la guerra como espiral de ceniza hasta volverse humo.

Salgo del departamento, y me dirijo, viéndome de espaldas en la vertical, al Museo de Fotografía. Paso por Troonplaats, aguiñada por las hojas de los cerezos y cercada por turcos que vecinamente me saludan, camino Montigny, y cruzo, entre autos y ciclistas, la avenida Amerika, y finjo que finjo seguir hasta quedarme quieto en Waalsekaai - como si mi padre me viera por el objetivo- frente a la puerta del pequeño museo.

Al mirar los viejos aparatos recuerdo la imagen de mi padre, pero más como en un daguerrotipo de mediados del siglo XIX, que como fue realmente. Padre amaba la fotografía. Yo creo que a la familia nos pensaba en blanco y negro mucho más que en sepia. No sé la causa – tal vez el divorcio-, pero un día corrió el obturador de la cámara y no nos fotografió ya. Alguna vez, luego de muchos años, yo que amaba el mundo de la fotografía y mi mundo visto de fotografía, también la dejé. Para qué, me dije, si el negativo de mi cuerpo lo olvidó mi padre en la cámara oscura.

Salgo del Museo, cruzo ajedrezadamente la hormiguera plaza, y entro, llevándome, de la diestra a la zurda, el amarillo apagado de las letras del rótulo del café Zurich, el café con sabor a café, con paredes color de crema sucio donde se hallan empotrados en madera espejos de muchas vistas y veinte mesas que forman una escuadra. Como casi todos los días de mayo y junio me dirijo a una mesa del rincón izquierdo y me siento al lado de la ventana, y pido un *ristretto*. El humo del cigarro en el ambiente se me adhiere en la ropa. Abro el cuaderno y me veo con mi padre una mañana de 1956 en su recámara de Calle 8 número 34. Padre pone en vinilo discos de 33 revoluciones para oír tangos de los años gardelianos y aprenderse cada uno. En mi cuaderno se oyen música y letra de “Garufa” (que lo hacía reír de puro gusto), y luego y desde luego “Adiós muchachos” (que de pared a pared me entristecía), y luego, llorándome de tiempo en esta mesa, escucho lo que me hace deprimirme media calle (“Barrio reo, yo qué soy,/ treinta años/, y mirá qué viejo estoy”). Mi padre camina por su recámara, se dirige al baño, lo miro rasurarse con hojas de afeitar Gillette (que parecían hechas para cortar las venas), y al acabar de afeitarse se pone en el rostro una loción de espliego y sale y silba: “Ladrillo está en la cárcel,/ el barrio lo extraña,/ sus dulces serenatas/ ya no se oyen más”. *Ya no se oyen más*, se repite a sí mismo, mira mis siete años, va a buscar la cámara, me lleva de la mano al patio rectangular, y me saca una fotografía en blanco y negro, porque en blanco y negro siempre me he visto, siempre he visto mi alma, siempre visto mi alma. “En la fotografía, como en la vida, la luz puede tener más secretos que la sombra”, me dijo alguna vez.

“No, el mañana no fue el mañana que esperaba”, subrayo en el cuaderno al escribir sobre sueños de niñez, y mujeres flamencas, sin tener en cuenta mi corazón sísmico, entran y salen y les parezco no estar.

Escribo que describo a mi padre en el cuaderno a mediados de los cincuenta, y lo miro hacer el *passing-shot* al jugar tenis en canchas rápidas del club, o en casa del abuelo repetir -eso sí: en tono distinto- las mismas bromas al poner las fichas de dominó, o en el billar del barrio de San Angel dar el efecto preciso para lograr la carambola.

“He sido íntegramente de una pieza”, me dijo semanas antes de morir y me quedé boquiabierto. Padre estaba seguro de que la puerta del paraíso no tenía cerrojos para hombres de una pieza. Perdió las amistades, si las tuvo, porque creyó siempre que la culpa era del otro. Jamás se traicionó porque él nunca creyó que traicionaba a nadie. Quisiera haber conocido una mayor complicidad con él, pero no lo culparía más de lo que me culpo. Si alguna vez conoció el sufrimiento al subir el Monte del Calvario, jamás lo confesó, ni se dio cuenta de las cruces que puso al prójimo con el fin de clavarle los clavos afilados en el cerebro hasta volvérselo inútil. Tenía una memoria aritmética del tamaño de la Biblia, en cuyas páginas escribía listas diarias de ofensas y de agravios de todas las etnias y creía que amargarle la vida a los otros era una especie de acto de amor. No quería la Última Cena. No le interesaban lealtad o deslealtad de los apóstoles que nunca tuvo. Se negaba a oír el eco en el hueco de la tierra de la voz que se oía sin voz. Tenía la intención de vivir los noventa años del abuelo, pero al cercarlo la casa de la niebla, al asegurarse que ya la noche denegaba al sol, que el cáncer le había acabado por roer los ganglios del cuello, nos pidió a los hijos que lanzáramos sus cenizas sobre las faldas del Popocatepetl, pero ninguno ha tenido valentía ni disposición. “La vida no estuvo mal - hizo una pausa- pero tampoco bien”, me dijo, *fiel a su espejo diario*, en un instante de lucidez en la desmemoria de su agonía, cuando lo encomié por sus muchos viajes. Pero padre murió del hijo sin ver al Hijo.

Me da por creer, así lo creo, que a su manera difícil me quería, me encontraba parecido a él, se enorgullecía de mis ires y venires por el

mundo, de varios de mis libros, de mis apariciones en público, y me recomendaba acicaladamente ponerme traje para una conferencia, y a mi manera, después de mucho tiempo, trato de quererlo como sin lágrimas, como del brazo derecho inclinado al lado izquierdo hasta formar el triángulo, como escribiendo para mí en mi cuaderno sus tangos preferidos, cuando ninguno de los dos supo, permítanme decirlo, querer como se debe, *como se debe realmente*. Los dos debimos haber aplicado, sin subir los hombros ni volver el rostro, las bienaventuranzas del Sermón de la Montaña. Le heredé la manera de estar solo en comunión y mucha de la zona oscura del cerebro y del alma me viene vertical de la estirpe paterna. La desolación se traza en círculo en mi cuaderno sin necesidad de página, ni regla, ni compás.

¿Para qué la poesía?, me preguntó ya tarde una tarde de domingo luego de jugar al dominó. “El oficio es inútil, le dije, pero es lo que más privilegia con música variada y palabras en cadencia la asimétrica belleza del secreto mundo. No le pasan más cosas al artista que al prójimo lejano, pero siente y repara más en ellas, hasta que las cosas ya no son más cosas”.

Pago. Salgo a la calle, cruzo ajedrezadamente a la inversa en diagonal el empedrado de la plaza, abrevio por Timmerwerf, llevo al Escalda, y mientras miro alejarse una larga embarcación que se lleva en cubierta la catedral y el castillo, extraigo del bolsillo del pantalón de pana la cartera y extraigo de ella la fotografía de los siete años, pero el negro ha recorrido de tal forma el papel que no es posible ver ni el rostro ni el cuerpo de quien fui.

STEENPLEIN

Recorrió las ciudades sin dirección para llegar por azar a otras ciudades. “He hecho tantas veces el saludo del adiós que mi mano se parece al aire”, me decía, mientras miro repetirse los árboles, y miro más, mucho más arriba de la torre de los campesinos, el cielo bajo y lívido de Bélgica.

Burgueses de Jordaens y mujeres de Rubens han paseado, pasean, seguirán paseando por las plazas de Amberes para que la mano derecha no sólo sirva para trazar con el pincel.

Sentados en una banca, ante el Escalda, me decía que soñaba de joven, muy de joven, que a puñetazo limpio conseguiría abrirse paso. Tenía la fuerza del talador para acabar medio bosque y lograr que cantaran aún los mirlos. Nadie objetaba su inocencia. El demonio no igualaba su fuerza de voluntad, ni siquiera al aferrarle el cuello como si tuviera la mansedumbre del cordero o del buey. Quizá al tomar conciencia de que su nombre sería sombra o nadie, se dio la media vuelta, y se fue siguiendo las hileras de los castaños. “Esto no era para mí ni mucho menos, no es lo que yo supuse”, me dijo con la voz quebrada por la resignación gris, mientras llegábamos a la iglesia de Sint-Paulus. “Dios no me dio paz y la gloria acabó demasiado lejos”, agregó a lo Unamuno en dos paráfrasis. Después comprendió. Después de visitar las iglesias de América, de Europa y Medio Oriente, creyó tener similitudes con una capilla a la que nadie entra porque faltó el icono.

Se nubla el cielo. Comienza a llover. Llueve. Ferozmente llueve.

“El que viene de un país de sol aborrece los inviernos de ocho o nueve meses. Hasta la escritura y la Escritura se hielan en los dedos y nos sentimos en la tumba fría”, y resonaban en la memoria de sus oídos

las notas de piano de color gris triste de un nocturno de Chopin que parecía decirle que el tiempo se ha ido y la vida que nos queda es tristeza y aflicción.

Entramos a Sint-Paulus. Miramos de sesgo hacia el gran altar. A diferencia de los vitrales que iluminan por dentro la iglesia, mientras afuera el cielo es ocre y gris, las ciudades del mundo para él, me lo decía, eran magia múltiple y luces transgresoras -y veía en el ala izquierda los Misterios del Rosario pintados por los artistas flamencos-. Nada le impresionaba más que la cara en el suelo de Jesucristo pintada por Van Dyck, quien mira con dolor e incompreensión la afligida luz en el rostro de María.

Salimos. Se ha ido la lluvia. El crepúsculo cae. Ambulamos a la orilla del Escalda. Hace mucho por aquí pasaba el tren sólo para que el pasajero mirara desde la ventana y creyera caer por un momento al río. A veces -me decía él con voz casi en murmullo-, sentía cortada el alma en dos, como el Escalda ahora, cuando lo atraviesa el sol poniente como un cuchillo largo, pero a ciegas o herido seguía siempre, siempre, hasta llegar a las costas del mar donde oía el regreso breve de la antigua estrella que dejaba la melodía en la mañana y en la tarde.

Se despide pero de pronto, de pronto el viento arrecia. Arrecia. Lo veo alejarse. Hace, hace por alejarse. No puede. Insiste. ¿Pero quién soporta en el junio oscuro el ventarrón ciego que arranca piedras, triza puertas y ventanas, doblega árboles, y no permite, no me permite dar un paso para tirarme al río?

TROONPLAATS

a Ingrid Vander Veken
y Paul Goris

En Amberes Sur, a esta hora en la plaza, los turcos conversan, también de pie, para que caiga la tarde. A diario las hojas de los cerezos los oyen y las palabras se aguindan.

Como los ancestros, los turcos no olvidan *el gusto* de la plática, y tal vez, más allá, parezcan estar a veces en las plazas de los puertos del Bósforo o del Mediterráneo. El imperio otomano es un reloj que se paró hace mucho. En la Europa paradójica se escribe la parábola del rico que despojó al rico.

Tabernas y cafés de flamencos y turcos rodean la Troonplaats, pero cada quien, casi siempre, por su lado. En mesas de los clubes los turcos juegan a la baraja, a la azarosa aritmética del dominó y al número de a lado en el dado del backgamon. El humo del cigarro les vela la mirada. En otras mesas algunos leen con interés a media asta el periódico patrio y a la manera oriental paladean el café en pequeñas tazas o beben el licor que vuelve la vida leve. Otros comentan de la labor diaria, o de los villorrios minúsculos y pobres donde morir es volver, o de aquellos puertos de dónde salieron los padres, en los que había mucho sol y el mar color de vino llegaba con los colores de la aurora.

Niños patean el balón para cortar de goce las horas de la infancia árida. No hay pájaros en los cerezos. Mujeres y chicas pasean solas o en grupo, en el va y viene, en el vaivén de su danza al caminar, y algunas son muy bellas con el velo o sin él. Nunca sabré cómo son, ni quiénes son, ni jamás iré a Turquía. Ha sido, es y será para mí como un

país que sólo hallaré delineado en el mapa o en relatos de libros sin mil y una noches. Para la sed de ciertos viajes el agua se ha acabado. Me deleita el sonido de la palabra Constantinopla, pero quedará en palabra. ¿Por qué, me pregunto, no se empieza a vivir de viejo para morir muy joven?

Las golondrinas chillan el término del día o anuncian la llegada del verano, de un verano del cual ellas se irán para hallar otro verano donde la luz del sol no se ahogue bajo la lluvia y los cielos grises. Es imposible seguir las en su velocidad, pero de pronto *una* se fija en el aire, muy, muy arriba en el aire

Las luces de los faroles se encienden. Jóvenes y hombres se yerguen de las bancas y tal vez irán a otra plaza o llegarán al club para jugar o para que junio engañe.

Y la noche se va callando. Y la vida se va callando.

POR LA CALLE DE LOS ANTICUARIOS

Por la calle de los anticuarios oigo mi nombre en el vidrio de las vitrinas y casi a diario me saludo para no olvidar los objetos que no quise ni quiero comprar: espejos y relojes garigoleados como los de la casa del abuelo paterno, pupitres niños iguales a los de la escuela de mi niñez, libros de miedo a deshojarse sin página por escribir, grandes santos que nadie reza porque nadie recuerda el libro de oraciones. Me miro que me miran detrás de las vitrinas como un objeto antiguo y en el reflejo de las ventanas se miran los castaños en el mes de mayo, como si el otoño no fuera a llegar nunca. Creo oír cerca, muy cerca, las aguas del Escalda que regresan y van, regresan y van ...

Madre tenía alma de anticuaria y fue hábil para que muebles parecieran una copia francesa del siglo XIX. A su amiga Senta Kram, de oficio anticuaria, le compró alguna vez una linterna mágica con fin de proyectar mis imágenes en la sala de la casa y demostrar a las visitas que yo era el parásito de la familia y que hice trizas mi juventud leyendo novelas y libros de poesía.

No es fácil para mí llevar en la espalda proyectos que no empecé o que se trizaron más tarde. A la verdad uno se queda sin espalda de quebrársela tanto de no quitar la cara. No sé dónde siquiera quedaron los proyectos: si en los objetos de madera o hierro o cristal o porcelana de las tiendas de los anticuarios o en los muebles antiguos de mi casa. No sabría decir, de veras, dónde quedó la película que creí que filmaría y que verían ustedes de la manera que les digo: la música de Mozart y de Schumann, imágenes con aires de tristeza azul y tristeza gris del gran cine italiano, la palabra dispar del par del diálogo, pero no el silencio en el que terminó todo. Tampoco podría detallar mi peregrinación a Yemen y a Abisinia para poderme explicar qué diablos

pasó por la cabeza de Rimbaud con el fin de agenciarse dinero y conducir caravanas sin objetivo para que pájaros de cuenta se lo llevaran al baile. Menos sabría decir en qué ángulo de qué gaveta dejé el cuaderno de la saga de la conquista y los siglos de la colonia, y en cambio perdí innumerables horas corrigiendo manuscritos que me hacían desesperar, desleyendo libros para no perder amistades, reescribiendo artículos y notas que me sabían en la garganta como ajo y nuez podrida, o dictando conferencias para completar el bolsillo. Camino por la calle de los anticuarios, y al ver los objetos, pienso que tal vez madre anheló viajar y conocer Europa. Ya no podrá venir, pero Europa, de haberla conocido a tiempo, le habría hecho entender muchas cosas que nunca comprendió. Quizá no vino o no quiso venir por enfermedades de columna e hígado, o por miedo a lo viejo y extraño, o por no gastar lo que le parecía malgastar. Hablaba con la gente de mis viajes (negaba al escritor), creyó que debía morar mi propia casa (yo que casa no tuve ni tendré) y que el dinero del pez grande se come el dinero del pez chico (a mí que en amarillo pálido me provoca bilis quien sólo piensa en dinero). Enfermos los dos terriblemente, ella rezaba para que la muerte le apostara a ella.

Por la calle de los anticuarios paro en el café Helder, se me pega al cuerpo el humo de aquellos fumadores, me tomo amargo el lado amargo del café ajeno, de un trago trago la cerveza que me escupo, y salgo a la calle, recaló en una tienda de anticuarios y toco a la puerta para que me abran de nuevo.

Y madre lo contempla y se echa a llorar.

ESTACIÓN CENTRAL

a Héctor Islas

Un tren parte y recuerdo cientos de trenes donde leí, soñé, miré el paisaje, divagué conmigo en mí, giré el compás, doblé la regla y miré los hechos pasados a la medida de un futuro sin medida, esperé en la estación la llegada a la próxima estación donde me esperaba el que sería como yo sin un pronombre y me dolió dormir sin medio franco en la acera de una calle parisiense en el noviembre de agua. Ignoro en qué momento la felicidad empezó a parecerse al *no me acuerdo* y en qué momento los años me volvieron sombras del cuerpo que un día tuve.

El altavoz anuncia salidas para Éssen, Ámsterdam, Méchelen, Oostende, dónde algunas veces llegaban los que creían partir... Desde 1905 no hay tren que no regrese a la estación de Amberes. Ten en cuenta, oí a mi padre en su lecho de moribundo, que a cierta edad sólo se sube a los trenes de regreso. Desde hace no mucho las jóvenes me hacen verme como alguien que *fue*.

En lo alto de la pared miro en grandes letras: ANTWERPEN, y arriba, el reloj dorado que marca la hora del desasosiego. De sesgo miro la palabra *uitgang*, que llevará a la calle a miles de pasajeros que arriban impacientes para ir a la casa a ver televisión, o a discutir con la mujer sobre el hijo que debería valerse por sí mismo, o dirigirse al antro para beberse 14 cervezas de 14 grados o fugarse hacia el oeste o al sur para volverse campesinos medievales en los cuadros de Breugel.

Bajo la escalera. En el vestíbulo la pantalla electrónica anuncia los horarios de las destinaciones inmediatas. Una multitud sale y entra por la puerta principal.

Al formarme en la cola recuerdo que escribía un poema y comía uvas frente al mar en Kókkari, o deambulaba en las montañas y las ruinas de Delfos, o perdía el horizonte en la llanura sola de Maratón. “No, allí no”, me digo. Recuerdo las severas montañas de la Umbria, la magia del arte florentino, las largas andaduras por el Tiber, las vistas de Anacapri con barcos a la vista. Y me digo: “No, por el momento, no”. Y me viene a la memoria el mayo luminoso en el sur de Francia con los jardines geométricos de girasoles y los trigales trémulos de amarillo sol, los campos de olivares próximos a los Alpes disminuidos en las afueras de Saint-Rémy y las voces de los trovadores en toda la Provenza de las que sólo se oyen resonancias y ecos. Y digo: “No, por el momento allí no”.

Llego al fin a la taquilla. La mujer me pregunta a dónde viajo. Vacilo unos instantes. Los instantes se alargan. Vuelvo el rostro hacia atrás. En la ondulada fila la gente se impacienta, me hostiliza, reclama. La taquillera insiste. La miro con angustia, aprieto los labios, se me crisan los dedos, hasta que algo, alguien, alguien me hace gritar dentro de mí, en mí, desde mí: “Déme un boleto adonde sea”.

EL PAÍS (1)

a Gastón García Cantú

Ya pueden decir lo que quieran, me dirán lo que quieran
pero yo siempre he amado a México.
Cuando estuve lejos bajaba repentinamente un delgado mas
intenso manantial de imágenes y una triste voz era triste
cuerda en la cítara del corazón enamorado.
Podía o pudo ser acaso una noche de lluvia innumerable
en un parque neoyorquino,
o en la aspirable terraza de un café parisiense,
o bajo el crepúsculo en lo alto de una plaza de Gotemburgo.
Podrán escarnecerme el mañana del triste que fui ayer
por gloriarme en público de ser “un italiano desplazado”
o “un hombre del Duecento florentino en pleno siglo XX”.
Pero yo siempre he amado a México.
Lo he reconocido –lo he amado—en mi casa destruida,
en mi familia destruida,
en el trato con amigos y también con enemigos,
en mujeres que amé y me enterraron bajo la fosa más
honda y más oscura,
en paisajes que al hacerlos míos con una distancia íntima
me emocionan por su belleza que me creo o me invento,
en ciudades que delineó la memoria como líneas
simétricas en una piedra,
en iglesias que se caían de proporción y luz,
en actos dignos de hombres que *no morirán del todo*.
Y aunque sé que a este país lo ha gobernado el diablo,

que los mexicanos no hemos estado a la altura del gran país,
ustedes dirán lo que quieran, pensarán lo que quieran,
pero yo siempre he amado a México,
siempre.

EL PAÍS (2)

Donde quiera que vayas o vivas,
de modo sorpresivo o secreto,
algo llamará para llevarte
a un país más hermoso que es el tuyo,
a una ciudad tan hermosa que era casa.
Ningún reino o república dará lo suficiente
para olvidar lo suficiente mares despoblándose,
montañas altas, desiertos claros que son como
fotografías que iluminan leves, pero
que ahondan la piel, el corazón, el alma.

México será el dragón que devora
las doncellas del reino que perdiste.

CIUDAD DE MÉXICO

...yo nací aquí, escribí aquí,
perseguido, no por demonios,
sino por trasgos y fieras, crecí
en una ciudad ilímite,
y pese a su horror, miseria y caos,
a su humo y su trajín sin alma,
amé su sol, su enorme y dulce otoño,
sus plazas como firmamentos,
las tibias tardes en leve marzo,
el perfil montañoso al sur,
la máscara y cuchillo de su gente,
su ayer feroz, su hoy incierto,
y la amé, la amé siempre, la amé,
la amé como ama un hijo duro.

MÉXICO (1)

Como el fulgor morado de la jacaranda y el destello rojo del colorín en febrero y marzo en mi barrio de San Diego Churubusco,

Como esas tardes avisperas en el centro de Coyoacán oyendo el tañer de las campanas y el bullicio de la luz,

Como ese oro madera del desierto anocheciendo entre La Paz y Todos Santos,

Como esos cactus que erizan los desiertos septentrionales hasta parecer sucesivos puntos de las íes,

Como esas tardes en Zacatecas esperando el crepúsculo sentado a la orilla de la iglesia de San Francisco frente al cerro grande,

Como esos pueblos dispuestos por un alfarero en el centro intrincado del país haciendo de las casas cerámica policroma,

Como esos naranjos en claroscuro dando luz y destellos verde oro en claustros de conventos coloniales,

Como las plazas pedreadas de rosa y abiertas al laurel de la India en la ciudad de Querétaro que recogen campanadas y ráfagas de pájaros,

Como Morelia rósea, guardaviento y paloma en palomar, a quien fueron robándole el verde del jardín,

Como esos jardines en penumbra de la ciudad de Aguascalientes que nombran a la sombra historias de mi familia,

Como Guadalajara, platería prodigiosa de hospitalidad y amigos, devastada en su centro por bárbaros municipales hasta volverlo exbello,

Como el sol húmedo, la espesa vegetación y las tormentas eléctricas en Colima y San Antonio de Colima,

Como las costas que gritó el sol y doró la sequedad del viento a lo largo del Pacífico,

Como esas ciudades enterradas como raíces donde los ancestros hablan desde la oscuridad y llámenlos,

Como esos nombres de ciudades y pueblos como agua y barro hasta ser cántaro que el forastero bebió en ciudades y mañanas del mundo,

Decenas de nombres como agua y barro hasta ser templo y casa,

Valles de Velasco en la luz equivalente, color y soles de Tamayo, ondulaciones de selva en el México de Diego, calaveras de Posada en gris mordiente, grises, grises terribles de José Clemente Orozco, máscaras de Cuevas en las máscaras que fueron nuestras caras, fauna lasciva de Toledo, lluvia, lluvia infinita de Vicente Rojo,

Montañas pétreas y calcáreas que se angulan largamente sin interrupción,

Pinos silvestres de los bosques, alerces sin fatiga, fagáceas diseminadas, agaves que pican de la patria pies y manos,

Como eso, en eso, México solo, espinoso, tierno, feroz, abrupto, erosionado,

Entrañable fiesta donde este mexicano sustancial se reconocía en la tibieza y la melancolía,

y lejos y cerca, y recuerdos, recuerdos, y si nazco de nuevo, recuerdos, recuerdos, *que sea aquí.*

FRENTE A UNA CASA JEREZANA

En esta casa, con naranjo y pozo,
se lee en alto, junto a la puerta,
que aquí nació, el año de gracia
de mil ochocientos ochenta y ocho
el poeta Ramón López Velarde.
El poeta dejó pronto el terruño
pero la casa se grabó en el alma,
como los balazos, que en los crueles
años, los federales y villistas
garabatearon en las fachadas
del pueblo hasta volverlo ruinas.
Se dio a las mujeres respirándolas
en un adiós sin luna en breve noche
pero se castigó en la soltería
revolviéndose en ochos terribles
alrededor de su cuarto en llamas.
¡Vaya cosa! Los críticos lo vieron
por décadas, salvo ejemplos honrosos,
como el “gran cantor de la provincia”,
o aquel que nos dio la patria suave,
o “el poeta del deseo y de la muerte”,
que fue una manera de no leerlo.
Y sin embargo ninguna poesía
escrita nunca por un mexicano
en el siglo que en un adiós nos deja,
posee alas y misterio íntimo,
posee sol y noche en claroscuro,

posee a Eva en el gozo por su hijo,
como la que se halla en *Zozobra*,
El Minutero y *El son del corazón*,

velero y nube, oh tigre a contraluz.

NOCHE VIEJA

Es 31 de diciembre. Se acerca la medianoche.

De las cenizas del año cae el año.

¿Qué hiciste? ¿Qué dejaste de hacer?

¿Por qué no lo hiciste?

Has escrito con disciplina pero
sin orden. Tu obra se ha ampliado
pero no escribiste la Obra.

Sin pedantería ni modestia eso
te asombra, porque estabas seguro
de llegar a hacerla, aunque te justifiques
diciendo con melancolía:

Hice lo que pude.

Quizás un error, un gran error, uno de tantos,
haya sido (lo sabías, lo comprendes),
andar por el laberinto y no la casa.

Una cosa es cierta y habla bien de ti:

Escribiste con sangre, como Nietzsche quería,
y encarnaste en serio la línea de Artaud:

“No hay que dejar pasar demasiado la literatura”.

No hay engaño: siempre has vivido como un
condenado a muerte, aunque te hayas alegrado
con la excelencia de los pájaros y del sol
en la mañana germinal, cuando a la rosa
la cortó el clavel.

Nunca has hecho proyectos a largo plazo,
porque has creído que la vida te iba a ser
intensa y corta como el vuelo furioso de la abeja.

Y sin embargo, fue menos corta o mucho menos corta de lo que creíste.

Basta ver que ha pasado otro año,
que termina para siempre 1995,
y que en la urna un poco de ceniza
es de la abeja. *Ya tu siglo pasó.*

Mucha gente te ha empezado a olvidar
y has olvidado a mucha gente.

Eres más tolerante frente a todos pero
mientras más estén lejos, mejor.

Cada vez entiendes más un mundo
donde no supiste vivir muy bien,
lo cual te entristece, humanamente
te entristece, porque hubieras querido
vivirlo mejor que comprenderlo.

Anhelas un cambio, aseguras, y si
hallaras, si hallaras una nueva vía
en el camino, una luz de lo absoluto,
tomarías la vía. ¿Pero cuál? ¿Pero dónde?

Desde luego, y de otra forma,
el tiempo de forma te ha cambiado
y pareces más la destrucción de tu cuerpo
que el cuerpo enérgico en el que creciste
y que alguna vez cotejaste con un árbol.

“Van a dar las doce de la noche”,
oyes la voz del locutor del radio.

Se agrian las campanas como docenas de uvas.

Por el momento, date un abrazo solo.

LOS VIEJOS

Los viejos son insoportables. A menudo creen que la edad les amerita todo y buscan ser amados y comprendidos por su sola edad.

Con los años les crecen los defectos de tal forma que parecen ramas doliéndose del nudo.

Suponen una obligación, o casi, tolerarlos, porque simbolizan, según creen, el conocimiento y la experiencia de ciprés numeroso, que de poco o nada les sirvió para su emblema o vida.

Ven desde engañosas cumbres de años vividos y creen ser memoria de *un* tiempo y *de un* país.

Qué insoportable, irrita, desconcierta, cuando quieren mostrarle la vía y luz a los más jóvenes, cuando los jóvenes poseen fuerza y tiempo para equivocarse, cuando es tarea fructuosa equivocarse solo.

Los viejos son de tal forma insoportables, que olvidamos siempre, siempre, que ya llega el enemigo, nos alcanza, que empezamos a ser insoportables.

¿QUIÉN LEERÁ MIS VERSOS?

Quem sabe quem os lerá?
Quem sabe a que mãos irão?

Alberto Caeiro, *O guardador de rebanhos*

¿Qué será de mis versos? ¿Quién los leerá?
Pronto me iré, y así será, y me iré ¿y qué pasa?
Me he resignado a irme, como me resigno
a los dolores de la tendinitis, a los cólicos
que arquean el cuerpo y a la mala circulación.
Qué importan las novelas, los cuentos,
las crónicas o ensayos ¿pero mis versos?
Si en el futuro alguien los lee, tal vez perciba
que los escribí con la llama del sol en la hoguera del mediodía
sobre los girasoles, con los matices múltiples
del púrpura y del violeta en la disminución del crepúsculo,
con el grito doloroso del tigre lanceado
en el momento de fallar la red,
con gotas de sangre del pecho de las golondrinas
que no lograron completar el vuelo.

PERO EN SERIO ¿VALIÓ LA PENA?

Ya no podríamos escribir como en esa época, en los años oscuros
cuando creíamos que el numen podría pertenecernos,
cuando era fácil creer que se haría la Gran Obra,
el poema de gran hálito con la música y el significado
que nos darían los dioses (cómo no creerlo),
que la poesía y el ángel, la figura y la forma serían para nosotros.
Pero al mirar lo que escribíamos a lo largo de los años
se hacía conciencia de que las alas de los pájaros no,
definitivamente no, no aleteaban con un ritmo propio,
que en efecto y así y claro no podíamos decir exactamente
lo que queríamos decir, que en poesía, salvo un ramo
de poetas cada siglo, los demás debemos resignarnos
para ser los lacayos que conducen el carro de los grandes,
y sin embargo, y sin embargo aseguro que al menos la poesía
me dio otras cosas: una manera de mirar la mirada de los pájaros
migratorios,
de armar desde el sueño imágenes de la pintura y del cine,
de apreciar más a fondo la ligereza y la dulzura corporal en las mujeres,
de admirar en las tardes y las noches las hileras de los mástiles
en los puertos, la higuera y el olivo
en medio del huerto en la noche azul de Jesucristo azul,
porque el reino de Dios no estaba cerca, sino en nosotros mismos.
Pero en serio, es una pregunta en serio para uno mismo o para
cualquier poeta
a cierta altura de su edad: ¿valió la pena el sacrificio, valió la pena
abandonar
la apuesta de la acción para entregarle la vida a la inutilidad de la
poesía?

LÁPIDA

Pasad y decid que a la tierra
fui fiel, y viví la experiencia
de la tierra. Que a la tierra ahora
vuelvo, pero que aun bajo tierra
entre polvo, cenizas y humo,
 oiré a la luna,
a la luz, el sol en alto grito,
ramaje de muchachas quebrándose
como árboles, flores como frutos,
la poesía que cae en el cántaro,
y alzo y bebo, y frescura. Y vi tanto,
 oh Dios, vi tanto.